

El árbol que nace torcido: Una reflexión sobre la autodeterminación de la persona humana

The Tree That Grows Crooked: A Reflection on the Self-Determination of the Human Person

Selene Georgina López Reyes

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla,
Puebla, México

<https://orcid.org/0000-0003-4912-543X>

Fecha de recepción: 21/10/2024

Fecha de aceptación: 22/01/2025

Fecha de publicación: 24/03/2025

Resumen

La presente investigación analiza el refrán mexicano “Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza” desde la perspectiva antropológica personalista de Karol Wojtyła. El objetivo es evaluar su validez como representación de la experiencia personal. A través de la metodología de la experiencia integral de Wojtyła, cuyos momentos clave son la inducción y la reducción, se cuestiona el sentido paremiológico predestinacionista del refrán en relación con los conceptos de autodeterminación, autoposesión y autodominio del ser humano. Los resultados revelan que el refrán no constituye un núcleo de significado respecto a la experiencia de la libertad de la persona y, por lo tanto, de su autodeterminación, a pesar de su uso coloquial. Se concluye que, aunque la persona nace con ciertas posibilidades y limitaciones, conserva la capacidad de autodeterminarse, ser libre y alcanzar su plenitud mediante acciones plenamente personales y no predestinadas.

Palabras clave: Antropología personalista, Karol Wojtyła, autodeterminación, refrán mexicano, libertad.

Abstract

This research analyzes the Mexican proverb “A tree that grows crooked never straightens its trunk” from the personalist anthropological perspective of Karol Wojtyła. The objective is to evaluate its validity as a representation of personal experience. Through Wojtyła’s integral experience methodology, whose key stages are induction and reduction, the predestination-like meaning of the proverb is questioned in relation to the concepts of self-determination, self-possession, and self-mastery of the human being. The results reveal that the proverb does not constitute an essential core of meaning regarding the experience of personal freedom and, therefore, self-determination, despite its colloquial use. It is concluded that, although a person is born with certain possibilities and limitations, they retain the capacity for self-determination, freedom, and the ability to achieve fulfillment through fully personal and non-predestined actions.

Keywords: Personalist anthropology, Karol Wojtyła, self-determination, Mexican proverb, freedom.



1. De árboles torcidos a la libertad de la persona

En este artículo de investigación se analiza el conocido refrán mexicano “Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza” con el fin de ser comprendido desde la antropología personalista y el método de comprensión de la experiencia de Karol Wojtyła. La reflexión cuestiona la afirmación implícita de que la persona es incapaz de cambiar en la acción, debido a factores como la naturaleza, la herencia o la cultura, y propone, en su lugar, una visión dinámica de la persona en la acción.

Para desarrollar este análisis, se parte de la definición del método filosófico propuesto por Karol Wojtyła, seguido de un examen del refrán como inducción de un conjunto de experiencias o acciones de las personas, la reducción de la supuesta unidad de significado que posee el refrán y, finalmente, una conclusión sobre su validez como experiencia estable desde la antropología personalista.

El refrán en cuestión refleja una visión determinista de la vida, común en narrativas sociales y culturales de México y América Latina, que enfatiza la dificultad de modificar conductas o patrones adquiridos en los primeros años de vida. En México, el refrán se utiliza en conversaciones cotidianas para justificar actitudes o comportamientos considerados inalterables, particularmente en contextos familiares y sociales marcados por prejuicios. Por ejemplo, en el contexto familiar, se puede usar para hablar de algún miembro que se considera incorregible a pesar de los esfuerzos de la familia por “enderezarlo”.

En otras regiones latinoamericanas, este refrán también ha sido analizado como un reflejo de contextos históricos y culturales. Por ejemplo, en el trabajo realizado por Aristizábal y Santamaría (2020), se menciona el refrán a estudiar y se afirma que forma parte del

refranero del Valle del Cauca en Colombia, siendo una clara muestra de la idiosincrasia y cultura inmaterial de la región. Asimismo, Salas (2015), en el estudio que realiza en el Mercado Central de Puntarenas, subraya la importancia social y cultural de los refranes, dichos o costarrriqueñismos para salvaguardar la identidad de los pueblos que los utilizan cotidianamente. En particular, el refrán que se aborda en este trabajo fue cuestionado a 46 personas que asisten o trabajan en el mercado, y el 70% de ellas lo conocen, aunque no necesariamente lo usan, lo que demuestra la vigencia del refrán en la comunidad de Puntarenas y, posiblemente, en la cultura costarricense.

La existencia de estudios como los mencionados afirma la importancia cultural e histórica de éste y otros refranes y destaca su relevancia en la construcción de identidades colectivas o nacionales y la preservación de tradiciones orales que buscan describir la forma en que se entiende la vida y la libertad humana.

El uso de este refrán en diversos contextos, aunque interpretado como una explicación de las limitaciones humanas para el cambio, también puede perpetuar una actitud conformista que desmotiva a las personas a buscar transformaciones significativas en el desarrollo personal.

2. Del refrán a la reflexión: la inducción y la reducción wojtyliana

Karol Wojtyła, en su obra *Persona y acción* (2014), desarrolla un método filosófico que integra tanto inducción como la reducción para comprender la experiencia humana. Según Wojtyła, la acción “revela a la persona” (p. 42), lo que implica que los actos concretos permiten acceder al ser de la persona. Con base en esto, se propone emplear la inducción, que parte de experiencias particulares, para estudiar a la persona a través de sus acciones.

La inducción, como método de conocimiento, se entiende más allá de la perspectiva positivista. Según Wojtyła (2014), busca una comprensión más profunda y universal de la realidad, no limitándose a ser una forma de argumentación lógica. Retomando a Aristóteles, Wojtyła (2014) plantea que la inducción es la concepción intelectual de una unidad de significado inscrita en la multiplicidad y complejidad de la experiencia. Sin embargo, la aprehensión de la unidad de significado no pierde la referencia al contenido cualitativo de la experiencia: “la comprensión esencial de la realidad continúa así abierta a toda la riqueza y variedad de datos provenientes de la experiencia (Guerra, 2002, p. 232).

Esta apertura, marca una diferencia importante entre este método filosófico y otros como la fenomenología de Husserl (2008), donde la reducción fenomenológica puede, por sistematicidad, evitar datos subjetivos de la experiencia integral de la persona, al intentar eliminar pseudo-problemas, sesgos o prejuicios.

Es importante señalar que la experiencia humana se refiere al hecho de que “el hombre se dirige cognoscitivamente hacia sí mismo” (Wojtyła, 2014, p. 31). La persona se conoce y se encuentra a sí misma en la acción, especialmente en las experiencias cotidianas o en aquellas que tienen un impacto significativo en su desarrollo. Además, lo que Wojtyła denomina “la experiencia del hombre” incluye tanto la experiencia personal de sí mismo como la de otros seres humanos, quienes pueden ser considerados objetos de experiencia por el sujeto que intenta conocerlos.

Sin embargo, ninguna experiencia personal en particular abarca la comprensión de toda la humanidad, ni siquiera de todos los seres humanos que son contemporáneos a ella. La amplitud y riqueza de la experiencia personal varía según el número y diversidad de individuos que la integren: “(...) cuanto mayor sea el número de hombres que integren la experiencia

de alguien, mayor y, en consecuencia, más rica será esa experiencia” (Wojtyła, 2014, p. 32-33).

Cada experiencia de sí mismo es un objeto de experiencia única e irrepetible, pero puede existir lo que Wojtyła llama la estabilidad de los objetos experimentales, la cual es “propia de la experiencia humana y es sustancialmente distinta: se produce a través de la distinción y clasificación intelectual” (Wojtyła, 2014, p.35). Estos procesos son realizados por la persona y la conducen a la experiencia del propio yo y del hombre en general, las cuales son complementarias.

Con base en lo anterior, resulta pertinente analizar la experiencia propuesta como inducción en el refrán mexicano “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”. Los refranes, como se analizará posteriormente, expresan afirmaciones sobre comportamientos personales o sociales recurrentes en contextos culturales específicos. Esto se relaciona con lo que Wojtyła (2014) define como propio de la inducción: “el captar, a partir de esta multiplicidad de hechos, su sustancial identidad cualitativa (es decir, lo que hemos definido anteriormente como estabilización del objeto de la experiencia)” (p.47). La inducción permite encontrar lo esencial o explicativo de la acción humana, y los refranes, en su función comunicativa, buscan enunciar dicha esencia o explicación, equiparándose a una inducción de la experiencia cotidiana.

Además, la inducción wojtyliana, no se limita a la objetivación o al encuentro con la unidad de significado o explicación de la conducta; por el contrario, también posibilita la intersubjetivación. Este concepto implica el reconocimiento de la subjetividad y dignidad únicas de las personas, lo que permite a los individuos comprenderse en relación al otro yo. La intersubjetivación es fundamental para la comprensión de la persona, ya que revela su dimensión comunitaria y relacional (Wojtyła, 2014) y sirve como referente para compartir y

comparar las formas de entender el mundo con otros. En este sentido, los refranes son medios de intersubjetivación que reflejan afirmaciones aceptadas en contextos específicos, como ocurre con el refrán “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”, el cual representa una inducción basada en experiencias diversas y compartidas.

Esas inducciones para Wojtyła tienen el valor de dar referentes de análisis para el estudio de la persona ya que “El hombre se conforma a sí mismo ante todo mediante su actuación” (2014, p. 125), lo que implica que estos actos no solo revelan su naturaleza, sino que también son un medio para su desarrollo y transformación. Por ello el análisis de un refrán considerándolo inducción, sería un inicio válido de aplicación del método wojtyliano.

Por otro lado, Wojtyła define la reducción como “extraer desde los argumentos o principios adecuados, o de otro modo; explicar, aclarar, interpretar” (Wojtyła, 2014, p. 50). Este método permite analizar un refrán para interpretar su significado esencial y evaluar su validez desde la perspectiva de la antropología filosófica wojtyliana. Según el autor, el objetivo es “conseguir que la imagen intelectual del objeto sea la adecuada, para que coincida con el objeto. Incluir todas las razones del objeto interpretado manteniendo las justas proporciones entre ellas, de manera que (su imagen) las contenga adecuadamente” (Wojtyła, 2014, p. 51).

Por tanto, el refrán puede considerarse una afirmación general sobre la relación entre la naturaleza de la persona y su acción, y evaluarse su validez según la perspectiva de la antropología filosófica wojtyliana. Analizarlo desde este enfoque implica un desafío, pues, según Wojtyła (2014), la experiencia del hombre “se trata de la experiencia más rica, y probablemente la más compleja, entre todas las que el hombre tiene a su alcance” (p. 31). Este análisis requiere no solo verificar las experiencias particulares que

subyacen al refrán; lo cual, por ser este un análisis filosófico, no se hará de forma empírica, sino en cuanto a la lógica de las afirmaciones y correspondencia con la antropología wojtyliana; sino también considerar la experiencia de quien realiza el análisis. Interpretar el refrán como una unidad de significado sobre la acción humana pone en tensión la capacidad de la persona para trascender condicionamientos y realizarse plenamente mediante su libertad y responsabilidad.

De esta manera, se hace necesaria una aproximación inductiva que parta de experiencias concretas, las cuales los usuarios del refrán suponen al emplearlo, así como una reducción que permita captar y evaluar su esencia. Este proceso, aunque complejo, resulta fundamental para analizar el refrán en el marco de la filosofía de Wojtyła.

3. El refrán como ventana a la experiencia compartida

Una vez planteados los elementos del método de la experiencia, es pertinente analizar el origen del refrán como la inducción de un conjunto de experiencias o acciones. Para ello, nos apoyaremos en la paremiología, que es una disciplina que se ocupa del estudio de los refranes. No obstante, este apoyo será limitado, ya que el presente trabajo no es un estudio paremiológico en sí, sino el análisis de una unidad de sentido. En otras palabras, se trata del conocimiento derivado de experiencias compartidas que se consolida como estable en una comunidad a través del refrán en cuestión.

Dicho esto, afirmamos que el uso de refranes se considera, según su estudio especializado, una forma de hablar lapidaria, definida como “textos gnómicos que a la concisión añaden la sentencialidad o carácter entimemático” (Pérez, 1996, p.17). La unidad básica de este tipo de discurso es llamada gnómema. Así, un

refrán constituye un gnomema, y el conjunto de gnómemas característico de una región o cultura conforma los refraneros, entendidos como “acervos siempre abiertos del hablar lapidario en la medida en que realiza al máximo sus virtudes y potencialidades” (Pérez, 1996, p. 17). Es importante señalar que la lapidarietàad no es exclusiva de los refranes, aunque estos sean sus ejemplos más representativos y variados.

Por su parte, los refranes son definidos, según el punto de vista de Pérez (1996), como formas de hablar breves, condensadas y decisivas que transmiten las normas o elementos a los que un grupo humano se adhiere, o que valora y emplea como punto de referencia cultural tanto en su hablar como en su actuar cotidiano.

Además de las características formales y discursivas, poseen propiedades semánticas, como la capacidad de expresar los intereses habituales o cotidianos de una población específica. Asimismo, se les considera “no sólo ... discursivamente textos parásitos sino culturalmente textos nómadas” (Pérez, 1999, p. 387); es decir, son textos que adquieren significado únicamente dentro de un discurso más amplio y que pueden transitar entre culturas una vez que se ha esclarecido su sentido. El refrán, entonces, representa un conjunto de experiencias compartidas dentro de una cultura y destaca los elementos comunes que estas poseen, formulando una sentencia que define, predice o presupone como evidente la conclusión a la que conduce al hablante.

La función discursiva que Aristóteles (2023), en su obra *Retórica*, asignaba a los *gnomai* o máximas era principalmente la función argumentativa. Sin embargo, la retórica previa a él les atribuía otras funciones: ser entimemas (silogismos en los que alguna premisa o conclusión se considera evidente y no se explicita), desempeñar además el papel de “ejemplos” u “ornato”. En la *Retórica* de Aristóteles (2023), el Estagirita complementa el esquema lógico de la

retórica al incluir, junto al silogismo como forma de demostración, la inducción, que funciona en el discurso adoptando la estructura y dinámica del “ejemplo”.

Un refrán contiene un significado referencial, proporcionado por las palabras que integran el enunciado que lo expresa, una estructura lógico-semántica y una significación fundamental. En este trabajo, nos interesa esta última cualidad, ya que es en la significación fundamental donde se obtiene el carácter argumentativo de una máxima. Es decir, nos interesa su sentido paremiológico (Pérez, 1988, como se citó en Pérez, 1999).

Los refranes funcionan como principios axiológicos aceptados e indiscutibles en una cultura; constituyen referentes de argumentación, “esquemas argumentativos vacíos que pueden ser aplicados a los diferentes asuntos de los discursos” (Pérez, 1999, p. 394). Esta aplicación es posible porque sus contenidos son ampliamente aceptados por la mayoría de las personas de la cultura en la que surgen.

Para clasificar el refrán “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”, se afirma, siguiendo a Pérez (1999), que en el refranero mexicano existen tres tipos de refranes: aquellos “cuyo sentido paremiológico se funda en la evidencia” (p. 391), los que se apoya en la experiencia y aquellos cuya fuerza argumentativa se basa en la creencia. El refrán que nos ocupa pertenece al segundo tipo, ya que utiliza como recurso la conjunción de experiencias que se presentan como evidencia de que los hechos ocurren tal como se afirma en el enunciado.

Para caracterizarlo aún más, el refrán es de tipo predestinacionista, una tipología que se define de la siguiente forma:

Estos refranes, pese a la variada imáginería en que se sustentan, suponen como principio indiscutible una predestinación

según la cual cada quien nace con un destino que nadie puede cambiar, haga lo que haga. (...) El sentido paremiológico de estos refranes puede formularse así: cada quien está irremediamente atado a su propio destino (Pérez, 1999, pp. 392-393).

Desde esta caracterización, la estructura del refrán refleja una visión determinista que parece restringir la puerta a la posibilidad de transformación personal o de agencia humana frente al destino. No obstante, resulta fundamental reflexionar sobre el impacto que esta visión puede tener en la construcción de una identidad, tanto individual como colectiva. ¿Podría la presencia de este tipo de refranes implicar sociedades con una visión opuesta a la libertad, o incluso fomentar actitudes de evasión de la responsabilidad frente a las propias acciones? Un refrán predestinacionista, al enunciar una sentencia irrevocable sobre el destino, podría suscitar resignación ante las adversidades o, en algunos casos, limitar la capacidad de idear un futuro diferente.

Sin embargo, cabe preguntarse si estos refranes también cumplen una función adaptativa para las sociedades en las que se idean. En contextos históricos o culturales marcados por la incertidumbre o la falta de control sobre las circunstancias externas, la aceptación de un destino podría considerarse un mecanismo para lidiar con la ansiedad y desesperación por lo inevitable. En ese sentido, este tipo de proverbios no solo reflejan creencias o actitudes valoradas por la comunidad, sino podrían aportar elementos de análisis sobre las dinámicas psicosociales y los retos que enfrentaron las comunidades que los generaron. En general, la reflexión sobre este tipo de refranes nos invita a un diálogo más amplio entre tradición y agencia, entre determinismo y libertad, elementos esenciales en la comprensión de la experiencia humana.

4. Del refrán a la práctica: usos y resignificaciones en diversos contextos

Ahora, considerando el refrán predestinacionista “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”, procederemos a explorar las experiencias particulares que se han identificado en torno a su uso, con el propósito de analizar cómo este refrán se establece como una intuición en términos de Wojtyła. Se han detectado cuatro contextos principales en los que el refrán es empleado: análisis literarios y reflexiones religiosas, procesos educativos, usos cotidianos y expresiones artísticas, especialmente en la música popular.

El refrán se emplea en contextos literarios y religiosos para destacar las limitaciones humanas frente al cambio. Wendy Bello (2015), por ejemplo, lo relaciona con pasajes bíblicos como: “Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos” (Isaías 45). En su interpretación, aunque las personas pueden sentirse como árboles torcidos, el poder divino tiene la capacidad de transformar lo imperfecto en algo nuevo y recto. Esta visión reformula el refrán dentro de un marco espiritual, donde la intervención de Dios abre posibilidades de cambio, aunque tal cambio deberá ir de la mano de la libertad humana.

En el ámbito educativo, el refrán se utiliza como metáfora para ilustrar la resistencia al cambio en instituciones concretas. Un ejemplo es el artículo “Árbol Que Nace Torcido, Jamás Su Tronco Endereza/tree that is born crooked, its trunk never straightens: unlearning colonization at a Hispanic Serving Institution” (Scholz y Flores, 2023), en el que se describe una intervención destinada a transformar una institución educativa y los servicios de un centro, con el propósito de descolonizar las prácticas institucionales. En este contexto, el refrán subraya las dificultades inherentes al cambio cultural en entornos específicos.

De manera similar, Ornelas (2016) usa el refrán como metáfora en *The tortuous path of educational decentralization in Mexico*. Este estudio analiza los problemas estructurales, como el centralismo, la corrupción y el control sindical, que obstaculizan las reformas educativas en México desde 1992. Estos problemas, profundamente enraizados, reflejan una resistencia al cambio que dificulta enderezar un sistema con profundas deformaciones estructurales, tal como lo sugiere la metáfora del refrán.

En el ámbito cotidiano, el refrán se utiliza para expresar la dificultad de modificar características o comportamientos adquiridos en la infancia. Según un artículo de Elizalde (2024), se interpreta como una afirmación de que “las características o comportamientos adquiridos en una etapa temprana son difíciles de cambiar en la adultez” (p.5). Aunque su origen es incierto, su presencia está documentada en diversas culturas hispanohablantes en los refraneros publicados o transmitidos de boca en boca.

En el ámbito artístico, particularmente en la música, una variante del refrán aparece en la canción *El gran varón*, escrita por Alfanno (1989) e interpretada por Willie Colón en su álbum *Top Secrets*. El coro dice: “palo que nace doblado, jamás su tronco endereza”, haciendo alusión a la historia de Simón, un joven que se viste de mujer, en contraposición a las expectativas de su padre, quien tenía altas expectativas de que su hijo Simón fuera un gran varón. El refrán se utiliza aquí para señalar cómo, pese a la educación rígida y severa que recibió, el protagonista no pudo cambiar lo que su padre percibía como una desviación.

Estos diversos usos del refrán revelan su adaptabilidad a múltiples contextos y su capacidad para funcionar como herramienta argumentativa, metáfora cultural y expresión artística. Desde los ámbitos religioso y educativo hasta el uso cotidiano y la música, “Árbol

que nace torcido, jamás su tronco endereza” demuestra cómo una expresión lingüística puede condensar visiones del mundo, tensiones entre determinismo y cambio, y reflexiones sobre la condición humana.

Puede afirmarse, entonces, que este refrán surge como una inducción basada en la observación de comportamientos específicos, consolidándose como una generalización empírica que refleja patrones percibidos en la experiencia humana. Su formulación encapsula conclusiones derivadas de un conjunto de observaciones que, aunque no exhaustivas ni universalmente aplicables, resultan suficientemente persuasivas para ser aceptadas como una verdad culturalmente compartida.

En la actualidad, el refrán sigue manteniendo valor explicativo, particularmente cuando se utiliza como una herramienta discursiva que legitima ideas o creencias relacionadas con la permanencia de ciertos rasgos o comportamientos en las personas. Quienes lo expresan como una verdad irrefutable tienden a apoyarse en su aparente evidencia empírica, reforzando su vigencia a través de su capacidad para resonar con experiencias comunes en contextos socioculturales específicos.

Este refrán, además de ser un reflejo de intuiciones tanto individuales como colectivas, actúa como un marco normativo que orienta y regula la interpretación de conductas y resultados en la vida cotidiana. Su uso no solo justifica la aparente inmutabilidad en ciertos aspectos del comportamiento humano, sino que también establece un punto de referencia para evaluar expectativas sobre el cambio o la transformación personal. En este sentido, su valor explicativo no se limita únicamente en su contenido literal, sino también en su función como herramienta retórica y cultural que articula dinámicas sociales y psicológicas profundamente arraigadas.

5. El refrán y su dilema antropológico

Planteado el refrán “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza” como una máxima que expresa como unidad de sentido una aparente predeterminación inherente a la persona, es necesario analizar sus implicaciones y contrastarlas con los conceptos de autodeterminación, autoposesión y autodomio en la antropología de Karol Wojtyła. Este contraste nos permitirá reflexionar sobre lo que es propio de la persona desde su nacimiento y su dinamismo en la acción.

En primer lugar, no se puede afirmar que todo aquello que define a la persona le haya sido dado u otorgado al momento exacto de su nacimiento. Sostener tal idea implicaría, por ejemplo, negar la posibilidad del aprendizaje, el desarrollo del lenguaje o la interacción cognoscitiva con la realidad, lo cual resulta claramente ilógico a la luz de la experiencia más sencilla con un recién nacido. La persona aprende, actúa, elige y, a través de estas acciones, se convierte en la persona concreta que la define.

Sin embargo, tampoco resulta adecuado afirmar que todo aquello que constituye a la persona sea resultado exclusivo de su esfuerzo individual. Lo que somos tiene un origen compartido que incluye el actuar humano, sino también una base integrada por dimensiones corporales, psíquicas y espirituales. Ante esta complejidad, recurrimos a la antropología wojtyliana como recurso para clarificar esta cuestión.

Según Wojtyła (2014), el ser humano descubre su capacidad operativa al distinguirla de su reactividad, ambos aspectos inherentes a su naturaleza. Esto implica que en la persona coexisten elementos connaturales y dinámicos. La reflexión le permite identificarse como un ser con voluntad, capaz de desarrollarse virtuosa y moralmente al actuar guiado por sus deseos o por su voluntad (Wojtyła, 2009). Esta capacidad

reflexiva se fundamenta en las estructuras de autoposesión, autodomio y autodeterminación, que hacen del hombre el dueño de sí mismo y le permiten actualizar sus potencialidades en su búsqueda de la plenitud.

La persona se convierte en “alguien” a través de sus acciones y de su actividad consciente. Este proceso de llegar a implica, en cierto sentido, ser causa de sus propias acciones y responsable de su operatividad: “el hombre se hace bueno o malo en sentido moral mediante sus acciones, mediante su actividad consciente” (Wojtyła, 2014, p. 162).

La cualidad moral de estas acciones depende tanto de las normas éticas como del juicio de la conciencia. Esta cualidad moral, además, se traduce en un juicio al autor de dichas acciones, ya que su realización está condicionada por su voluntad y su capacidad de autodomio. La moralidad, como cualidad esencial de la persona, constituye una evidencia clara de su capacidad para la autoposesión, el autodomio y la autodeterminación.

En este contexto, el refrán presenta una contradicción. No se puede juzgar como “torcido” a un árbol cuya forma sea la que naturalmente le corresponde. El juicio sobre la “torción” implica la suposición de que existe una rectitud ideal que debe alcanzarse. Sin embargo, en el caso de una conducta humana, el juicio moral no surge de la apariencia, sino de la posibilidad inherente de optar por el bien, de corregir lo errado y de aspirar a un ideal de plenitud propio de la naturaleza humana.

Así, cuando se afirma que una conducta “no está bien” o “no corresponde a lo esperado”, este juicio solo es posible porque existe en la persona la capacidad de actuar conforme al bien. Así, las implicaciones éticas del refrán radican en que asumir una predeterminación absoluta, como la que niega la posibilidad de “enderezar lo torcido”, elimina la base del juicio moral y de

la responsabilidad ante los propios actos. Sin embargo, al calificar al ser como “torcido”, el refrán presupone un juicio comparativo con un estado ideal de rectitud, lo que paradójicamente sugiere la posibilidad de una transformación hacia lo bueno o recto. De este modo, el refrán plantea una tensión entre la posibilidad de redención y la negación de dicha posibilidad, subrayando la importancia del libre albedrío y la autodeterminación.

Regresando a la autoposesión, esta se realiza mediante la voluntad y la libertad. Además, es la base de la autodeterminación, ya que la posesión de sí mismo refiere también la conciencia de la posibilidad y la responsabilidad ante el cambio en la persona:

La simple vivencia yo quiero no puede ser interpretada correctamente en el conjunto dinámico del hombre, si no consideramos en ella la específica y exclusiva complejidad propia de la persona, que introduce la autoposesión. Solo sobre esa base es posible la autodeterminación, y cada quiero verdaderamente humano es precisamente tal autodeterminación (Wojtyła, 2014, p. 168).

Cada *quiero* humano no es un mero impulso o deseo instintivo, sino una vivencia integrada en la estructura dinámica de la persona y su totalidad como ser humano. La actualización de un *quiero* que implica autodeterminación descansa en la base de la autoposesión. Esto significa que, para que la persona pueda autodeterminarse, primero debe reconocerse como dueña de sí misma y capaz de orientar sus propias acciones hacia un fin elegido libremente.

El autodomínio, como otra estructura esencial de la persona, constituye un requisito fundamental para la acción en la antropología personalista de Karol Wojtyła. No se trata únicamente de la capacidad de reprimir o controlar instintos, sino de una capacidad ética:

la de orientar las propias acciones hacia un bien trascendente. En cada acto humano, que es a la vez expresión de la persona y causación de su propia plenitud, se manifiesta una trascendencia que surge de una actividad inmanente. Esta trascendencia solo es posible porque la persona es libre (Wojtyła, 2014), una condición que no comparte con los demás seres de la naturaleza, determinados por sus instintos. La libertad, en este marco, no es mera ausencia de coacción, sino la capacidad de autogobierno y de asumir la responsabilidad plena de los propios actos. Así, el autodomínio no solo habilita la acción, sino que también le confiere su carácter profundamente moral.

El autodomínio remite a la interioridad de la persona, no como cualidad que controla a las demás, sino como el acto del yo que establece una dirección, motivación y sentido para sus acciones. En este sentido, el autodomínio no se limita al control externo de los impulsos, sino que surge de la conciencia profunda de que se es gobernable y de que se tiene la capacidad para dirigirse a sí mismo. Por lo tanto, el autodomínio parte de la autoposesión (Wojtyła, 2014), ya que el ser humano, antes de gobernarse, debe reconocer que es dueño de sí mismo y que puede orientar su vida hacia el bien:

La independencia se constituye y se forma mediante la autodependencia, el indeterminismo mediante la autodeterminación. En virtud precisamente de ese total y completo dominio de la persona sobre la voluntad, esta es la facultad de la libertad de la persona (Wojtyła, 2014, p. 188-189).

La persona es libre porque posee la capacidad de autogobernarse. Sin embargo, esta libertad no se entiende como una mera facultad de elección arbitraria, sino como la posibilidad de elegir de acuerdo con la razón y orientarse hacia el bien honesto. Solo en esta coherencia entre la libertad

y la orientación hacia el bien, la persona alcanza su plenitud moral y existencial.

El yo operativo y el yo agente se complementan en la síntesis dinámica de la persona en su actuar. El hombre es capaz de actuar y, al hacerlo, revela la integración de las estructuras de autoposesión y autodominio en una unidad indivisible. Estas no pueden percibirse de manera aislada, pues forman parte del todo que es la persona en acción: “el actuar humano y la operatividad experimental que lo constituye, como también todo lo que en él sucede, se encuentran como si tuvieran una raíz común. Esa raíz es precisamente el hombre como sujeto dinámico” (Wojtyła, 2014, p. 127).

Volviendo al refrán “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”, podríamos reconsiderar su significado desde la antropología personalista. Aunque el yo agente, que surge al inicio de la existencia, permanece como la base de toda la vida, su carácter operativo, dinámico y reflexivo le permite transformarse.

6. Virtud y libertad: el arte de enderezarse

Esta capacidad para enderezarse y orientarse hacia un ideal de plenitud está profundamente relacionada con el desarrollo de la virtud. Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, define la virtud como “un modo de ser selectivo, siendo un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquello por lo que decidiría el hombre prudente” (Aristóteles, 2008, p. 1107a-1). La virtud no es algo dado de manera instintiva, sino que es el resultado de un esfuerzo consciente y deliberado de la voluntad, la cual guía a la persona hacia su plenitud.

El esfuerzo de “enderezarse” no implica una negación de la naturaleza inicial del árbol, sino su perfeccionamiento. Aplicado al ser humano, esto significa que, aunque el individuo posea la

potencialidad para la virtud (Aristóteles, 2018, p. 1050), esta solo se actualiza mediante el ejercicio consciente y continuo de acciones virtuosas, las cuales establecen su carácter moral.

En este sentido, Karol Wojtyła complementa esta idea al destacar que el ser humano, como persona, es un agente moral dotado de libertad, entendida ésta a partir de las estructuras de autoposesión, autodominio y autodeterminación. En *Persona y acto*, señala que el hombre se posee a sí mismo y es así que puede dominar sus acciones, pero tal ejercicio de la autodeterminación no es una independencia de la voluntad con respecto a la persona. En lenguaje ordinario la persona puede querer o no, puede querer, pero no está obligada a ello, ya que esa “es la facultad de la libertad de la persona” (Wojtyła, 2014, p. 189). Pero el yo dinámico no solo se construye a través de sus actos, sino que también se dirige hacia un propósito último que lo trasciende, guiado por la virtud como el camino de perfección.

Este proceso dinámico de autoconstrucción también encuentra resonancia en Tomás de Aquino, quien, interpretando a Aristóteles, señala que la función de la virtud es actualizar la perfección de las potencias humanas y que la virtud de cada cosa se define por el máximo de lo que es capaz: “Pero es necesario que ese último término sea bueno, porque todo mal implica un defecto. (...) Por esta razón es preciso que la virtud de una cosa se defina por orden al bien” (Tomás de Aquino, 1954, *Suma Teológica*, I-II, q. 55, a. 3). Para Aquino, la obra propia del ser humano no es solo el ejercicio de sus capacidades físicas o intelectuales, sino en la realización de su vocación moral, un hábito operativo bueno y principio operativo del bien.

Por tanto, para Wojtyła (2014) el árbol que comienza como un yo agente y se desarrolla como un yo dinámico encuentra en la virtud no solo el medio para “enderezarse”, sino también la clave para trascender su estado inicial y realizar plenamente su naturaleza. La virtud, entendida

como una disposición adquirida y un hábito operativo bueno, es el instrumento que permite a la persona moldear su carácter y orientarlo hacia el bien, convirtiéndose así en artífice de su persona moral.

En este sentido, el refrán podría ser revalorado no como una sentencia de determinismo inmutable, sino como un punto de partida para explorar la capacidad del ser humano de trascender sus limitaciones iniciales y aspirar a su perfección moral.

Reflexionar sobre el contraste entre el determinismo implícito en el refrán y la propuesta antropológica de Wojtyła invita a considerar que la verdadera libertad no consiste en negar los condicionamientos iniciales, sino en trascenderlos a través de la virtud, la voluntad y el autodomínio.

La unidad de la persona incluye tanto el sufrimiento como la operatividad del ser humano, sus decisiones y acciones conscientes e inconscientes. La raíz de las estructuras es el hombre como sujeto dinámico. Es el hombre quien padece y actúa los rasgos propios de sus decisiones, y lo hace gracias a las estructuras propias de su yo. Son esas estructuras donde se desarrolla la plasticidad de las acciones humanas, en su capacidad de moldear y transformar sus actos y hábitos según la experiencia de su libertad, responsabilidad y apertura al bien.

Cada acción contribuye a la formación del carácter y la identidad personal. La plasticidad existencial implica entonces que cada persona puede reconfigurarse a través de sus elecciones y decisiones, que, por supuesto, conllevan siempre implicaciones éticas. Las tendencias naturales y las circunstancias pueden influir en las acciones, pero no determinan de manera absoluta el proceso de autoconstrucción de la persona (Wojtyła, 2014). La libertad humana permite que, con el esfuerzo constante y la ayuda de la gracia divina, la persona corrija errores y

reoriente el rumbo de su vida hacia el bien y la verdad.

Además, él es quien está presente en todas las actividades que suceden en él y de las cuales es autor. La experiencia que tiene el hombre al actuar puede tener su culmen en la experiencia del yo. Ese yo es centro unificador de la persona y origen de su identidad, en tanto que se reconoce a sí mismo como autor consciente y deliberado de sus acciones. Cuando la persona actúa, el yo tiene la vivencia de que opera en ese acto dirigiendo y dominando tanto sus movimientos internos, como externos, lo que refuerza la conciencia de la autonomía personal. Sin embargo, tal vivencia es distinta cuando la persona no percibe su participación como autor pleno:

En cambio, si algo sucede en el hombre, el <<yo>> no tiene la vivencia de que actúe y no es el autor, pero tiene la vivencia interna de la identidad de aquello que sucede en él consigo mismo, y a la vez la exclusiva dependencia de sí mismo de aquello que sucede (Wojtyła, 2014, p. 137).

En este sentido, incluso lo que no es elegido voluntariamente, como los impulsos o las emociones, guarda una relación esencial con el sujeto, quien reconoce en estas experiencias una expresión de su ser, aunque no necesariamente de su voluntad directa. Este reconocimiento implica que el hombre es, al mismo tiempo, dueño de sus actos y dependiente de su naturaleza.

El yo se descubre, entonces, como poseedor de sí mismo y capaz de dirigir su acción de forma voluntaria y libre. Sin embargo, esta capacidad no es absoluta ni autosuficiente, especialmente cuando se analiza en relación con la motivación. La voluntad, como facultad del individuo, no opera en el vacío. Más bien, se orienta hacia la verdad, que actúa como un punto de referencia objetivo. La motivación,

que nace del conocimiento de la verdad sobre el bien, no se identifica con la elección del mismo, pero lo condiciona de forma profunda. Como señala Wojtyła, “la motivación no se identifica con la elección, pero la motivación condiciona la autodeterminación” (2014, p. 213). La voluntad se mueve, entonces, no desde sí misma, sino desde la presencia del bien conocido que, al ser presentado al entendimiento de la persona, se convierte en motor de su acción. Esto pone en evidencia que la libertad humana no es abstracta, sino dispuesta en lo concreto a la verdad y al bien.

En la estructura de la autodeterminación, emerge una tensión entre la voluntad como facultad y la potencialidad del cuerpo, la emotividad y la impulsividad. Esta tensión no es negativa en sí misma; al contrario, es el escenario donde la persona concreta ejerce su libertad. Al enfrentarse a la variedad de posibilidades objetivas que la realidad le presenta, así como a las respuestas subjetivas que estas despiertan en su interior, el individuo realiza elecciones únicas. En cada decisión, el hombre se manifiesta como autor de su propio destino, enfrentando no solo los límites de su naturaleza, sino también la responsabilidad inherente a su libertad. Este descubrimiento es central para entender la dignidad del ser humano, pues refleja la capacidad del hombre para ser agente de su vida.

Habría que señalar que la vivencia de esa tensión no minimiza la espontaneidad de la libertad, sino que resalta más esa espontaneidad al reflexionar sobre la autodeterminación que se logra con cada decisión, ya que ella manifiesta cada vez más la maduración intelectual de las decisiones (Wojtyła, 2014). Con cada decisión se confirma la independencia de la voluntad en cuanto al orden intencional de la volición. La voluntad no se vincula con una necesidad restrictiva hacia un objeto o al valor de éste en cuanto fin; la voluntad se pertenece a sí misma y, de forma exclusiva, a la determinación de ese objeto (Wojtyła, 2014). Como se mencionó

anteriormente, existe un cierto grado de indeterminismo en la voluntad, bajo el que cada persona puede autodeterminarse.

La esencia dinámica del acto no está constituida por el mismo acto de querer en cuanto un volverse intencional hacia los valores, sino de la determinación de sí mismo o autodeterminación en conexión con aquel volverse, que implica del modo que es propio al sujeto personal. (Wojtyła, 2005, p. 141)

La libertad es, entonces, una independencia de los objetos con relación a la intencionalidad, y la capacidad de elección entre ellos, pero no elimina el condicionamiento que los objetos y los valores pueden ejercer en la persona, ya que en el querer humano parte de la existencia y cualidades reales de los objetos. Sin embargo, esa referencia a los objetos no va en contra de la independencia manifestada en cada simple “quiero” y, de forma particular, en cada decisión y, por supuesto, en cada acción.

Y es así como la decisión, que es esencial a la voluntad tanto en el caso del simple quiero, como en el de la elección, tiene una especificidad dinámica que excluye la determinación. No solo la determinación mediante el objeto intencional (valor), sino también la determinación mediante la presentación del objeto, se oponen a la originalidad dinámica de la decisión. En efecto, la decisión solo contiene y revela específica y exclusivamente la relación de la voluntad con el objeto intencional, que es un determinado valor. (Wojtyła, 2014, pp.204-205)

La relación con el objeto a partir del valor de éste y su presentación no determina, pero sí condiciona; es decir, plantea las condiciones propias para la decisión a tomar, manifestando como más o menos valioso un objeto para el sujeto de la elección.

por la apertura al otro, lo que resuena con las enseñanzas cristianas sobre el amor y el compromiso con el prójimo. En particular, en el cristianismo, la autodeterminación es un acto de libertad en comunión con Dios y con los demás. Esto implica no solo el actuar libre, sino orientar esa libertad hacia el bien y la verdad, en consonancia con las enseñanzas de Wojtyła (2014) y Marcel (1998).

A nivel político, Gandhi (1969) afirma que el derecho a la autonomía individual no debe fragmentar la autonomía política de las naciones, sino fortalecerla, y que debe ejercerse considerando la responsabilidad colectiva. Por su parte, John Kennedy, publicado en Department of State (1961, s/p.) añadía que “la autodeterminación no es más que un eslogan si el futuro no tiene esperanza”, conectando esta idea con la necesidad de justicia social y equidad.

Finalmente, a nivel personal y familiar, la autodeterminación implica el reconocimiento de nuestras capacidades y limitaciones. Como menciona Brontë (1847): “No soy un pájaro y ninguna red me atrapa. Soy un ser humano libre con una voluntad independiente” (p. 295). Este acto de autodeterminación personal se traduce en la posibilidad de ser agentes activos en nuestras relaciones interpersonales con la familia, tanto el ámbito local, regional como global, contribuyendo así al bienestar común. En la intimidad de la persona, la autodeterminación refuerza la importancia de asumir la propia responsabilidad y contribuir al desarrollo de los demás, particularmente en el núcleo familiar.

En el ámbito local y global, la autodeterminación es relevante en la lucha por los derechos humanos y la sostenibilidad, ya que supone el equilibrio entre la voluntad personal, las particularidades culturales y los retos compartidos por la humanidad.

Conclusión: Autodeterminación y el poder de enderezar el tronco

El análisis realizado sobre el refrán “Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza” demuestra que, desde una perspectiva antropológica personalista, no puede afirmarse como un principio absoluto. Aunque los elementos hereditarios y culturales influyen en la persona, la autodeterminación juega un rol crucial. La antropología de Wojtyła (2014) sugiere que cada ser humano es capaz de modificar su vida y sus acciones a través de su voluntad y libertad, lo que hace posible trascender las limitaciones iniciales para alcanzar una vida moral plena.

Ejemplos concretos de esta capacidad humana pueden observarse en historias de superación personal y transformación. Viktor Frankl, en su obra *El hombre en busca de sentido* (1946), relata cómo, incluso en las condiciones más adversas de un campo de concentración, las personas son capaces de encontrar un sentido que les permita resistir y transformar su existencia. De forma similar, el caso de Nelson Mandela (1995), quien tras 27 años de encarcelamiento logró no solo perdonar a sus opresores, sino liderar una transición pacífica hacia la democracia en Sudáfrica, ejemplifica la capacidad humana de superar adversidades extremas en las condiciones menos favorables. Otro ejemplo es el de Malala Yousafzai (Yousafzai y Lamb, 2013), quien, tras sobrevivir a un ataque por defender el derecho a la educación de las niñas, transformó su experiencia en un medio para promover a nivel global los derechos humanos y la educación.

Este enfoque contrasta con las ideas deterministas de Sigmund Freud (1900), quien argumentaba que el comportamiento humano está profundamente condicionado por las experiencias de la infancia y el inconsciente. Sin embargo, la filosofía existencialista humanista, representada por autores como Jean-Paul Sartre, refuerza la idea de que el ser humano es

radicalmente libre y responsable de dar forma a su destino, destacando que “la existencia precede a la esencia” (Sartre, 1996, p. 14).

En suma, el refrán mencionado puede interpretarse más como un desafío que como una condena. Si bien las circunstancias iniciales pueden moldear el desarrollo de una persona, la libertad, la voluntad y la capacidad de reflexión sobre sí mismo ofrecen posibilidades reales de cambio y superación. La perspectiva antropológica personalista nos invita a reconocer y valorar esta capacidad intrínseca del ser humano para autodeterminarse y reescribir su propia historia.

Por su parte, el análisis del refrán “Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza”, desde la perspectiva de la antropología personalista de Karol Wojtyła, permite desentrañar las limitaciones y posibilidades inherentes a la naturaleza humana. Este refrán, del que no es posible negar su valor cultural, expresa una visión determinista que puede cuestionarse al considerar los conceptos de autodeterminación, autoposesión y autodomio propios de la persona.

En primer lugar, es importante reconocer que la libertad humana es la base para el cambio personal y la trascendencia. A pesar de los condicionamientos biológicos, psicológicos y sociales, Wojtyła (2014) subraya que la persona posee la capacidad de moldearse a sí misma mediante sus acciones conscientes y libres. Este proceso no niega, ni pretende infravalorar las limitaciones iniciales, sino que las integra y trasciende en un esfuerzo por trazar un camino para alcanzar la plenitud de la persona.

En segundo lugar, el refrán puede interpretarse como un reflejo cultural de una experiencia compartida que tiende hacia el determinismo. Sin embargo, su mensaje no debe aceptarse como una verdad inmutable. Desde la perspectiva antropológica propuesta, este refrán pierde validez como unidad de significado de la

experiencia humana, ya que ignora la capacidad de la persona para elegir el bien y corregir lo errado y se contradice al hacerlo.

Por otra parte, la virtud se destaca como el medio por el cual la persona “endereza su tronco”. Tal como lo desarrollan Wojtyła (2014), Aristóteles (2023) y Tomás de Aquino (1954), la virtud no es un don innato, sino una disposición adquirida mediante el esfuerzo consciente y el ejercicio constante de la libertad. En este contexto, la persona se convierte en autora de su propio destino, integrando en su acción los valores objetivos que la conducen hacia su perfección y que como ya se ha dicho son la verdad y el bien.

Finalmente, el refrán puede resignificarse como un punto de partida para reflexionar sobre el poder transformador de la acción humana. Aunque “el árbol” nace con algunas inclinaciones, la persona, a diferencia de las criaturas no racionales, tiene la capacidad de redirigir su vida hacia el bien. Esta perspectiva no solo reivindica el valor de la libertad humana, sino que también subraya la responsabilidad inherente a la autodeterminación, recordándonos que la plenitud personal se construye desde dentro, en cada elección moral y en cada acto virtuoso.

Así, el análisis de este refrán enriquece la comprensión de la libertad y la responsabilidad en las acciones, invitándonos a replantear las ideas culturales que perpetúan la resignación y a considerar la riqueza transformadora del dinamismo personal.

Referencias

- Aristizábal, A. M., y Santamaría, H. (2020). *Refranes, dichos, agüeros y creencias populares*. Secretaría de Cultura y Gobernación del Valle del Cauca. <https://www.valledelcauca.gov.co/loader.php?lServicio=Tools2&lTipo=viewpdf&id=46429>

- Aristóteles. (2023). *Retórica*. Gredos.
- Aristóteles. (2008). *Ética a Nicómaco*. Gredos.
- Aristóteles. (2018). *Metafísica*. Gredos.
- Brontë, C. (1847). *Jane Eyre*. Smith, Elder & Co. <https://www.gutenberg.org/ebooks/1260>
- Elizalde, C. (2024). Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza: Conoce el origen y significado de este refrán. *El Imparcial*. <https://www.elimparcial.com/locurioso/2024/09/30/arbol-que-nace-torcido-jamas-su-tronco-endereza-conoce-el-origen-y-significado-de-este-refran/>
- Freire, P. (1987). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.
- Freud, S. (1990). *La interpretación de los sueños*. Alianza Editorial.
- Guerra, R. (2002). *Volver a la persona: El método filosófico de Karol Wojtyła*. Caparrós Editores.
- Husserl, E. (2008). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero: Introducción general a la fenomenología pura*. Alianza Editorial.
- Mandela, N. (1995). *El largo camino hacia la libertad*. Ediciones eBook Aguilar.
- Marcel, G. (1997). *Journal métaphysique*. Gallimard.
- Marcel, G. (1998). *Homo Viator: Prolégomènes à une métaphysique de l'espérance*. Association Présence de Gabriel Marcel.
- Ornelas, C. (2016). The tortuous path of educational decentralization in Mexico. En M. A. Geo-JaJa y S. Majhanovich (Eds.), *Effects of globalization on education systems and development* (pp. 93–108). Sense Publishers. https://doi.org/10.1007/978-94-6300-729-0_6
- Pérez, H. (1996). *El hablar lapidario: Ensayo de paremiología mexicana* [Tesis de doctorado no publicada]. El Colegio de Michoacán.
- Pérez, H. (1999). Estructuras argumentativas en refranes mexicanos. *Paremia*, 8, 387-396. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3607068>
- Salas Alvarado, J. (2015). Dichos y refranes utilizados por jóvenes y adultos en el mercado central del Cantón central de la Provincia de Puntarenas. *Revista Káñina*, 39(2), 181–197. <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/kanina/article/view/22963>
- Sartre, J. P. (1996). *L'existentialisme est un humanisme*. Éditions Gallimard.
- Scholz, T. M. L., y Flores Carmona, J. (2023). Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza/Tree that is born crooked, its trunk never straightens: Unlearning colonization at a Hispanic serving institution. *Qualitative Research Journal*, 23(3), 245–257. <https://doi.org/10.1108/QRJ-08-2022-0109>
- Tomás de Aquino. (1954). *Suma Teológica: Tomo V (I-II, cuestiones 49-70)*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Department of State. (1961). *Address by President John F. Kennedy to the UN General Assembly*. <https://bit.ly/3kF0Cwb>
- Wojtyła, K. (2005). *Trilogía inédita II: El hombre y su destino*. Ediciones Palabra.
- Wojtyła, K. (2009). *Trilogía inédita III, El don del amor*. Ediciones Palabra. (Escritos sobre la familia realizados entre 1950 y 1979).
- Wojtyła, K. (2014). *Persona y acción*. Ediciones Palabra. (Obra original publicada en 1969).
- Yousafzai, M., y Lamb, C. (2013). *Yo soy Malala: La historia de la chica que defendió el derecho a la educación y fue atacada por los talibanes*. Alianza Editorial.

Contribución del autor

La autora participo en la elaboración, el diseño de la investigación, la redacción del artículo y aprueba la versión que se publica en la revista.

Agradecimientos

Sin agradecimientos.

Financiamiento

Sin financiamiento.

Conflicto de intereses

La autora no presenta conflicto de interés.

Correspondencia

selenegeorgina.lopez01@upaep.mx